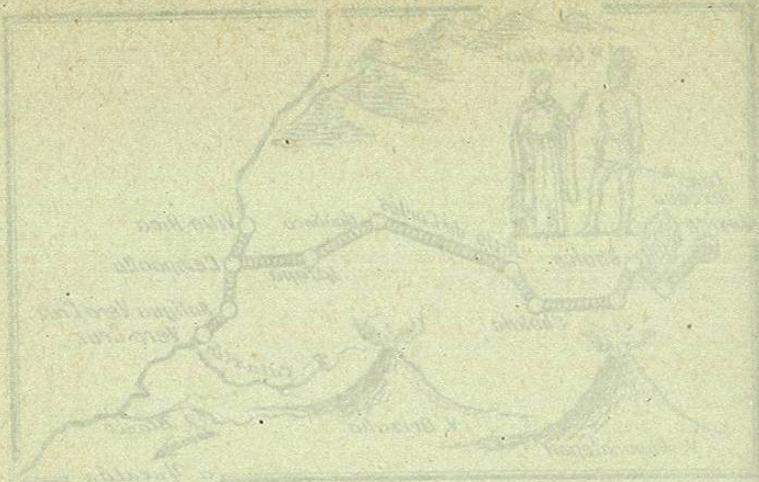


### CAPITULO III

## LAS MUJERES Y HERNAN CORTES



CAPÍTULO III

LAS MUJERES Y HERNÁN CORTÉS

Aunque las mujeres que intervienen en la vida de Hernán Cortés tienen su puesto lógico dentro de las mujeres de Nueva España, no obstante dada la importancia del Conquistador de México hemos preferido dedicar capítulo aparte a su estudio. Bien entendido, sin embargo, que no pretendemos con nuestro trabajo extendernos en absoluto en la persona de Hernán Cortés, fuera de este aspecto exclusivo de las mujeres con las que tuvo trato; aparte de que su figura es materia sobrada y ampliamente estudiada, cualquier aspecto de su vida que tratáramos de exponer nos llevaría lejos de nuestro intento exclusivo, y ocuparía un espacio que debemos emplear en el tema que nos hemos propuesto. Lo mismo aquí, por tanto, como en cualquier otro capítulo que se desenvuelva en torno a cualquier figura de la conquista española, damos por supuesto todo lo que efectivamente es la base imprescindible de cualquier incursión histórica por estos campos tan fértiles.

#### 1) CORTÉS, MUJERIEGO

Está fuera de duda que Cortés, fogoso y dominador y muy adecuado para agradar como mozo bien parecido que era, se daba fácilmente al amor de las mujeres, y que éstas a lo largo de su existencia fueron parte muy destacada de su vida. Es evidente que fué la ambición su móvil principal, la gran pasión que le lanzó por los caminos de la gloria e hizo de él una de

las figuras más importantes del siglo de las conquistas americanas, y hasta una de las más señeras de la historia española; pero después de aquella, el amor a la mujer determinó muchos de sus actos, y gran parte de sus relaciones sociales y políticas, de sus fracasos y de sus éxitos, de sus pependencias y conflictos con rivales o amigos, tuvieron en la mujer la causa o el estímulo.

Siendo esto así, es innegable que en cualquier mujer que veamos aproximarse a Hernán Cortés, hemos de valorar un móvil de mayor o menor eficacia, pero siempre operante en su vida, de donde será preciso deducir la importancia de la mujer en este primordial capítulo de la historia del Nuevo Mundo.

Ya en sus años mozos, y durante su estancia en la isla Española, se distinguió por su afición a las mujeres y a causa de ellas tuvo más de una pelea. "El Garavito—cuenta Alamán—era enemigo de Cortés, porque siendo ambos mancebos en la Isla de Santo Domingo, le había acuchillado sobre amores de una mujer" (1).

En la "Residencia tomada a Hernán Cortés" después de la muerte de su primera esposa, declaró uno de los testigos que "tenía infinitas mujeres dentro de su casa, de la tierra e otras de Castilla, e según era público voz e fama entre sus criados e servidores, se decía con cuantas de su casa había tenido acceso...".

Es posible que nada nos informe tanto de esta cualidad del conquistador como el hecho de que, a fuer de experto en materias amorosas, fuera enormemente celoso de la mujer propia y la guardase con las mayores precauciones. Refiriéndose a su segunda esposa escribe Bernal Díaz: "Y desde que esto pasó de ay a pocos días, se fué desde México a una villa de su marquesado, que se dice Coernavaca, y llevó a la marquesa e hizo allí su asiento, que nunca más la trujo a la cibdad de México" (2).

(1) LUCAS ALAMÁN, *Disertaciones sobre la historia de la República Mexicana desde la época de la conquista hasta la independencia*. México, 1844-49, t. II, pp. 5-6.

(2) BERNAL DÍAZ, t. III, cap. CXCIX, p. 162.

Y respecto a doña Marina, que fué su gran amor y aliado imponderable en toda la conquista de México, sabemos que fué igualmente celoso, al menos durante la época de su pasión amorosa. "Desto demás vido este testigo dos o tres indios ahorcados en Coyohuacán en un árbol dentro de la casa del dicho don Fernando Cortés, e oyó decir este testigo públicamente que el dicho don Fernando Cortés los había mandado ahorcar porque se habían echado con la dicha Marina" (3).

## 2) LOS AMORES CON LA MARCAIDA

Con estos precedentes se comprende perfectamente que Cortés destacase pronto entre los cortejadores de las famosas hermanas Xuárez, que según dijimos, llegaron a Cuba traídas por su hermano Juan. Fray Juan de Torquemada describe de este modo los amores de Cortés con una de las hermanas hasta su casamiento: "Llevó a Cuba, Juan Xuárez, natural de Cuba, tres o quatro Hermanas que tenía, y a su madre con ellas, las quales todas avían ido antes a Santo Domingo con Doña María de Toledo, y esto fué el Año de mil quinientos y nueve. Esta ida avía sido por razón de casarse allí con Hombres Ricos; porque aunque eran pobres, eran hermosas (que es la dote que las que lo son pueden llevar consigo). Y dice Gómara, que la una de ellas, que fué llamada Catalina, solía decir, mui de veras, que avía de ser gran Señora, o porque esto lo soñase o porque se lo dijese algún Astrólogo. Finalmente, estas moças eran hermosas, y de buen talle, y por esto, y por aver pocas en la tierra, eran mui festejadas de muchos, y Cortés se inclinaba a la Catalina, con quien después se casó, aunque primero tuvo sobre ello muchas pependencias, y estuvo preso. Pero después decía que estaba tan contento como si fuera hija de una Duquesa, por ser mui honesta y recogida. Este casamiento hizo contra su voluntad y para el le apretaban Juan Xuárez, su Hermano, aún el mismo Diego Velázquez favorecía mucho la causa, porque decían querer bien a su otra hermana".

(3) Declaración del testigo Alonso Pérez, en el *Proceso de Residencia contra Hernán Cortés*, ed. de Alfonso Toro, p. 20.

Y añade luego: "Creíó esto Diego Velázquez, con el enojo que ya tenía contra él concebido por el casamiento que no quería hacer con Catalina Xuárez, y le trató mal de palabra en presencia de muchos, y lo hizo preso y con gran determinación de ahorcarle". Y dice finalmente: "Casóse Cortés con Catalina Xuárez (como hemos dicho), porque así lo a prometido y por vivir en paz y quitarse de pleitos; y no quiso hablar a Diego Velázquez en muchos días..." (4).

Bernal Díaz, buen amigo de Cortés, esquivo en su crónica el meterse en averiguaciones en este pleito de amores. Y así dice: "... poco tiempo había que se había casado con una señora que se decía doña Catalina Suárez, la Marcaida, y a lo que yo entendí y otras personas decían, se casó con ella por amores, y esto de este casamiento muy largo lo decían otras personas que lo vieron, y por esta causa no tocaré en este tecla..." (5).

Poco después añade unas palabras que dan a entender la solicitud con que Cortés servía a su esposa: "... mas todo se lo gastaba en su persona y atavíos de su mujer, que era recién casado, y en algunos forasteros huéspedes..." (6).

De todos modos, parece cierto que Cortés consiguió los favores de doña Catalina antes de casarse, y por haberse cansado luego de ella, se negaba a cumplir el compromiso dado. Sin embargo, Velázquez, según dice Gómara, "favorecía la por amor de su otra hermana que tenía ruin fama, y aún él era demasiado mujeril. Azuzábanle Baltasar Bermúdez, Xuan Xuárez, dos Antonios Velázquez y un Villa para que le casase con ella". Velázquez llegó a poner preso a Cortés y aún pensó seriamente en matarle, como hemos visto, pero al final accedió Cortés al matrimonio "por quitarse de pleitos", según dice Torquemada, y con ello volvió la amistad entre los dos rivales.

Lo que no quita para que luego tratase de mostrarse satisfecho con su mujer, o al menos lo pregonaba. "Casó con Catalina Suárez—escribe Herrera—con quien decía que está tan contento como si fuera una duquesa, porque era honestísima..." Y andando el tiempo, como tuviese un hijo, pidió al propio Velázquez

(4) FRAY JUAN DE TORQUEMADA, *La Monarquía Indiana*. México, 1723, lib., IV, cap. II, p. 347.

(5) BERNAL DÍAZ, t. I, cap. XVII, p. 42.

(6) *Ibid.*, p. 43.

que lo sacase de pila y así lo hizo éste. Aunque eran muchas las salvedades que sobre el particular se hubieran podido hacer. Pues sigue diciendo el cronista: "... y tuvo un hijo, no afirmo si en ella o en otra. Pidió a Diego Velázquez que se lo sacase de pila y lo hizo" (7).

De todos modos es lo cierto—y este es el aspecto que más interesa para nuestro trabajo—que el matrimonio con la Marcaida le sirvió de mucho a Cortés, puesto que Velázquez le pidió un buen repartimiento de indios en la ciudad que luego se llamó de Santiago, y hasta le hizo alcalde ordinario del lugar. Con esto, conseguido gracias al apoyo femenino, iba escalando Cortés las gradas que le habían de facilitar su salto genial a las tierras de Nueva España.

El nombramiento de capitán de la empresa que se preparaba para la conquista de México, también lo consiguió Cortés en buena parte gracias al valimiento de su esposa cerca de Velázquez, debido al lazo común que les unía, como vimos, por ser Velázquez amador de otra de las Xuárez, que, a lo visto, tenía gran poder sobre el ánimo del gobernador de Cuba. "Como Cortés andaba muy solícito—dice Bernal—en aviar su armada y en todo se daba mucha prisa, la malicia y la envidia reinaban en los deudos de Velázquez, que estaban afrentados porque no se fiaba el pariente ni hacía cuenta de ellos y dió aquel cargo de capitán a Cortés, sabiendo que había sido su gran enemigo, pocos días hacía, sobre el casamiento de Cortés..." (8).

Es decir, que toda enemistad había sido olvidada gracias al casamiento con la Marcaida, a pesar de que sólo con grandes amenazas se había llevado a cabo.

También activó la Marcaida su diligencia en ayudar a Cortés cuando éste se hacía sus preparativos para la marcha a México, a pesar de que Cortés no hizo cuenta de llevarla consigo; aunque en ello no cabe suponer como causa el desamor, pues ya sabemos el escaso número de mujeres que marcharon a la expedición, y es natural que Cortés no quisiera exponerla a los riesgos de la empresa. Y también Bernal nos testimonia esa ayuda de que hablamos: "Desde que aquello vió Cortés, mandó a su muger que todo lo que hubiese de llevar de bastimentos y regalos, que

(7) ANTONIO DE HERRERA, *Década 1.<sup>a</sup>*, lib. IX, cap. IX, p. 312.

(8) BERNAL DÍAZ, t. I, cap. XVIII, p. 44.

las mujeres suelen hacer para tan largo viaje para sus maridos, se los enviase luego a embarcar a los navíos" (9).

Después, durante todo el tiempo que duró la conquista de México hasta su llegada a él de la Marcaida, Cortés tan sólo le escribió una vez, y le envió un regalo; nada excesivo ciertamente para pagar el amor que su esposa le profesaba y los favores que gracias a ella había conseguido. "Y escribió Cortés a su mujer que se decía doña Catalina Xuárez la Marcaida y a Juan Xuárez su cuñado, que en aquella sazón vivía en la isla de Cuba, les envió ciertas barras y joyas de oro y les hizo saber todos los desmanes y trabajos que nos habían acontecido y cómo nos echaron de México" (10).

Después tuvo lugar la venida de la Marcaida a México, como ya hemos visto, y los juegos y fiestas que se hicieron en su honor. Pero no parece que la vida entre los esposos fué demasiado cordial. Cortés, se hallaba por entonces entregado a los amores con algunas indias y mujeres españolas, y sobre todo estaba en todo su apogeo la amorosa relación con doña Marina, que sin duda alguna fué el afecto más íntimo y duradero de Cortés.

### 3) DOÑA MARINA

Es este un tema tan estudiado y comentado por innumerables historiadores, y tratado tan por extenso en todos los cronistas, que no puede ofrecer interés alguno en nuestro trabajo la insistencia sobre él. Dificilmente podríamos hallar cosa alguna nueva que añadir y nos apartaría, en cambio, de nuestro objeto principal sin provecho determinado. Una cosa importa, sin embargo, hacer destacar de todo el trato y ayuda que Cortés recibió de doña Marina, y es la enorme, casi inapreciable, importancia que para toda la conquista de México tuvo su gestión. Sería ridículo afirmar que no se hubiera podido llevar a cabo sin ella, pero nunca se ponderará lo bastante cuanto decisivo fué su concurso (junto con el de Aguilar que la completaba como intérprete) para entenderse con los indígenas, no sólo en cuanto al idioma, sino mucho más aún como lazo de unión e influencia moral sobre los indios, que muchas veces acepta-

(9) *Ibid.*

(10) *Ibid.*, cap. CXXXVI, p. 126.

ron los deseos de Cortés por la influencia que sobre ellos ejercía esta extraordinaria mujer, verdaderamente española de adopción, pues que hizo entonces más por los españoles que ninguna otra persona. Basta a vuela pluma seleccionar unas palabras que en nuestra rebusca tenemos a manos para escoger, para ponderar el valor de la intervención de aquella mujer, bella, dinámica, inteligente y varonil, sin dejar de ser tan altamente femenina que pudo cautivar un ánimo tan difícil de ser sometido por lazo alguno como el de Cortés. "Como doña Marina en todas las guerras de la Nueva España, Tlaxcala y México fué tan excelente mujer y buena lengua como adelante diré, la traía siempre Cortés consigo y la doña Marina tenía mucho ser y mandaba absolutamente entre los indios de toda la Nueva España" (11).

"Fué gran principio para nuestra conquista y así se nos hacían todas las cosas, loado sea Dios, muy prósperamente. He querido declarar esto porque sin doña Marina no podíamos entender la lengua de la Nueva España" (12).

Y nada digamos, si trasladamos la cosa al plano religioso, de cuánto provecho fué la intervención de doña Marina para dar a conocer a los indios los principios de nuestra fe, y hasta qué extremo fué decisivo el ejemplo de doña Marina, que habiéndose convertido en seguida, influyó inequívocamente en la conversión de muchos al ser ella misma quien les movía a ello.

A este respecto dice también Bernal: "En estos pueblos se les dijo con doña Marina y Jerónimo de Aguilar, nuestras lenguas, todas las cosas tocantes a nuestra santa fe, y cómo éramos vasallos del emperador don Carlos, que nos envió para quitar que no haya más sacrificios de hombres ni se robasen unos a otros; y se les declaró muchas cosas que se convenían decir" (13).

No resistimos la tentación de copiar aquí las palabras de un comentarista moderno, porque valoran como pocas la importancia de esta mujer que—repetimos—verdadera *española de adopción*, tiene un lugar de excepción al lado de las demás mujeres auténticamente españolas.

(11) *Ibid.*, t. I, cap. XXXIII, p. 70.

(12) *Ibid.*, t. I, cap. XXXIII, p. 71.

(13) *Ibid.*, t. I, cap. LIV, p. 108.

"Desde aquel momento, recién llegadas a la costa mexicana las naves del conquistador, hasta el año 1526, en que éste la casó con su Alférez Juan Xaramilla, la Malinche, no fué sólo la mujer de Hernán Cortés; fué su lengua, su consejera, y protectora, la intermediaria sagaz entre el caudillo español y los caciques indígenas, la embajadora cerca de los aztecas, la que lo salvó en Cholula, la que le asistió en la "noche triste" de Otumba, la que en los días más graves, en las horas decisivas, rompió el cerco que hubiera podido destruir el ensueño de gloria del conquistador y cambiar el curso de la Historia. *La conquista de México no es inteligible sin la presencia de la Malinche*. La hazaña de Hernán Cortés y de sus quinientos secuaces no se entenderá jamás, ante la magnitud del imperio azteca, si no se estima en todo su valor espiritual esta relación de intimidad entre Hernán Cortés y la Malinche, entre el conquistador y la indígena. Los resultados de esta colaboración—que bien puede llamarse así—se deben, claro está, a las cualidades intelectuales y morales de los dos protagonistas" (14).

En estas circunstancias, pues, estando entregado Cortés a los amores e influencia de mujer tan extraordinaria, llegó la esposa del Conquistador a México. Se comprende perfectamente que si Cortés no había sentido antes demasiado afecto por su esposa, no tuviera demasiados deseos de tenerla consigo, cuando vivía entregado a sus fáciles amores, a los que la presencia de la esposa no haría sino perjudicar.

Sin embargo, sabemos que fué Cortés mismo quien envió por ella, y también hemos visto con cuánto aparato de fiestas y cañas fué recibida, aunque es bien fácil suponer que fuera esto más para hacer demostración de su poder, y de la gloria de su triunfo, que por afecto verdadero.

#### 4) LA MUERTE DE LA MARCAIDA. LAS MUJERES TESTIGOS

No entra en nuestros propósitos detallar todo lo ocurrido hasta la muerte de la Marcaida, ni tratar de las causas de su muerte ni de la intervención que en ella pudo tener Cortés, que

(14) GUSTAVO PITTALUGA, *Grandeza y Servidumbre de la Mujer*. Buenos Aires, 1946, p. 616.

posiblemente la mató, pues este asunto ha sido ya ampliamente estudiado y discutido por diversos eruditos e historiadores. (Véanse sobre todo: Alfonso Toro, "Un crimen de Hernán Cortés". La muerte de doña Catalina Xuárez Marceyda. (Estudio histórico y médico legal), 2.<sup>a</sup> ed. México, 1947, que acusa a Cortés del crimen; y Francisco Fernández del Castillo, "Doña Catalina Suárez Marceyda, primera esposa de Cortés, y su familia", México, 1920, que lo defiende de la acusación).

Tan sólo nos importa recoger aquí los nombres de algunas mujeres que intervinieron en los hechos más o menos directamente, movidos del afán de recoger un poco del olvido el nombre de tantas mujeres castellanas que allá, en las nuevas tierras, mezclaron sus vidas en empresas de toda ley que la historia recoge siempre bajo el signo exclusivo de los hombres.

En los primeros momentos que siguieron a la muerte de la Marcaida, y en medio de la natural confusión, aparecen varias mujeres, criadas todas ellas de la casa de Cortés, y tanto más interesantes, puesto que con casi todas ellas tuvo relación carnal, como diremos. Al morir la mujer de Cortés, su criado Alonso de Villanueva fué a llamar a *María de Vera*, que fué la primera en ver a la mujer muerta. Un testigo en el proceso de Residencia, Juan de Burgos, declaró estos extremos. Estando él en su casa, fué el dicho Alonso de Villanueva "a llamar a María de Vera, ama de este testigo, que la llamaba el dicho don Fernando, e que eso podía ser a las doce de la noche, e la dicha María de Vera se fué a la casa del dicho don Fernando, con el dicho Villanueva, e que dende a obra de ora y media e dos oras volvió a casa deste testigo la dicha María de Vera y dijo a este testigo: "Vengo de amortajar a Catalina Xuárez, mujer del capitán Fernando Cortés. Y este testigo le dijo:—¿Cómo? ¿Muerta es Catalina Xuárez?—Sí, que yo la dejo amortajada, y este traidor de Fernando Cortés la mató; porque al tiempo que la amortajaba, la vide las señales puestas en la garganta en señal de que la ahogó con cordeles, lo cual se parecía muy claro; e que la mujer de Diego de Soria e María Destrada, e la mujer de Xaramillo, ya difunto, que allí estaban, le mostraban a la dicha María de Vera, las señales de los cordeles que la dicha Catalina Xuárez tenía en la garganta, por donde parecía que

había sido ahogada, e que la dicha María de Vera hacía que no veía..." (15).

Otro de los testigos, Bernardino Vázquez de Tapia declaró, entre muchas cosas, lo siguiente: "que tenía infinitas mujeres, dentro de su casa, de la tierra, e otras de Castilla, e según era pública voz e fama entre sus criados e servidores, se decía, con cuántas en su casa había tenido acceso; aunque fueran parientes unas de otras...; e que a este testigo le dijo una mujer (alude el testigo a *Catalina González* que también declaró en el proceso) e do al diablo este hombre que bellaco es, que habiendo tenido a mi hija públicamente en Cuba, yendo yo a negociar con él me tomó e se echó conmigo..." e con otras mujeres casadas es notorio que ha tenido muchos accesos, e que enviaba los maridos fuera de esta ciudad por quedar con ellas, los nombres de los cuales aquí no se ponen, sacáronse en un papel aparte, que algunas dellas parieron del dicho don Fernando" (16).

*María Hernández* actuó también como testigo, si bien sus palabras tienen menor interés para ser aquí reproducidas por tratar sobre todo de la fecha de la muerte de la Marcaida.

Otra mujer tuvo también conocimiento del último encuentro habido entre don Hernando y su esposa, en el oratorio de su casa, cuando la dama se retiró ofendida por unas palabras del Conquistador. Fué aquella, *Elvira Hernández*, también testigo en el proceso, a la que informó de lo que seguirá, Fray Bartolomé de Olmedo, que se hallaba en dicho oratorio, sin que los esposos que se creían solos, lo advirtieran. "...e que aquella noche se había acostado muy tarde e que un Fray Bartolomé, frayle de Nuestra Señora de la Merced, le dijo a este testigo que la dicha doña Catalina, aquella misma noche, antes de que se fuera a acostar había entrado en un oratorio, e que había llorado e sollozado mucho; e que el dicho don Fernando le había dicho por qué lloraba; e que le respondió que la dejase, que estaba por dejarse morir, e que aquella noche había amanecido muerta" (17).

Otra testigo de interés fué Juana López, única mujer que declaró en favor de modo claro. Esta mujer había vivido con

(15) *Juicio de Residencia de Cortés*, ed. de Toro, pp. 58-59.

(16) *Ibid.*, p. 17.

(17) *Ibid.*, p. 31.

doña Catalina desde que vino a Nueva España, y después de muerta la Marcaida siguió con Cortés durante seis años, hasta que éste la casó. Es bien probable que también tuviera Cortés relación carnal con esta mujer, y por haberla distinguido hasta el punto de dotarla luego, debió ésta declarar en su favor. Dijo en el proceso "que lo que sabe acerca de dicha muerte es que aquella noche que falleció, el dicho don Fernando Cortés envió a llamar a ciertas mujeres e a este testigo, que estaba en su casa que vinieran: porque estaba su mujer mala, e que era verdad; que cuando este testigo a las otras vieron estaba ya muerta la dicha Catalina Xuárez, su mujer. Fué preguntada si vido este testigo muerta a la dicha doña Catalina Xuárez. Dijo: que sí, e que aún la ayudó a bajar de la cama para la amortajar, en el suelo. Fué preguntada si la vido en la garganta, o en alguna parte del cuerpo señal alguna o desollada. Dijo: que no, e aunque lo miró ella e las otras mujeres que allí estaban, e que después a la tarde Ana Rodríguez sacó una gargantilla de unas cuentas de su señora, e la puso a una fija suya; e que estaban quebradas algunas dellas; pero que este testigo, al tiempo que vido muerta a la dicha Catalina Xuárez, no las vió quebradas las dichas cuentas de la dicha gargantilla..." (18).

Intervino asimismo en las declaraciones del Proceso la doncella particular de doña Catalina, *Ana Rodríguez*, que al ser preguntada si sabía la causa del disgusto de su señora, poco antes de su muerte, respondió: "Que cree este testigo, que a lo que la dicha Catalina Xuárez daba a conocer, era celosa de su marido; e que cree que por esto tenía algún descontento, porque el dicho don Fernando festejaba damas y mujeres que estaban en estas partes" (19).

*Violante Rodríguez*, doncella también de doña Catalina, que junto con Ana Rodríguez había desnudado y acostado a doña Catalina, y fueron por tanto las últimas que la vieron viva, declaró asimismo en el proceso, pero por no interesar sus palabras sino a la causa criminal, que omitimos, y por no revelarnos la existencia de mujer alguna que no nos sea ya conocida pasamos por alto sus palabras.

(18) *Juicio de Residencia...*, ed. Toro, p. 61.

(19) *Ibid.*, p. 66.

Otra mujer declaró también, María Hernández, esposa de Francisco de Quevedo. Tenía mucha amistad doña Catalina con esta testigo, y se sinceraba muchas veces contándole sus disgustos por las veleidades constantes de don Hernando. Sus palabras interesan porque nos dan noticia de la existencia de otra mujer más importante además, por que ejercía en la ciudad el oficio de partera. Al ser informada de la muerte de doña Catalina, "... sospechando que el dicho don Hernando Cortés la había muerto, dijo a la Gallardo, una vecina suya que sabía de partera, que fuesen a ver a la dicha Catalina Xuárez como está muerta..." (20).

#### 5) EL SEGUNDO MATRIMONIO DE CORTÉS. DOÑA JUANA DE ZÚÑIGA

Después de este breve contacto con todas estas mujeres que intervinieron en uno de los más ruidosos procesos de la época, y con decisiva importancia, pues cuanto dijeron valía como de testigos muy directos e inmediatos del suceso, réstanos tan sólo hacer memoria de la segunda mujer de Cortés, con cuyo matrimonio quizá no fué muy feliz el conquistador de Nueva España, pero que fué una dama destacada por sus cualidades y prendas personales. De ella hace un breve, pero cumplido elogio Fernández de Oviedo, con estas palabras:

"Junto con sus títulos e prosperidad de marqués del Valle llevó consigo a la Nueva España á la marquesa, su muger, con quien se casó en Castilla, que aquella señora de quien se hizo memoria en el capítulo XLV, llamada doña Johana de Arellano, hermana del conde de Aguilar, que hoy tiene aquel estado, e sobrina del duque de Béjar don Alvaro de Zúñiga. La qual es una de las mugeres de España generosas e ilustres por su sangre e de las más virtuosas, e valerosas por su propria persona: la qual sin mucha letura no se puede cumplidamente loar conforme é sus méritos e prosapia" (21).

(20) *Ibid.*, p. 75.

(21) GONZALO FERNÁNDEZ DE OVIEDO, *Historia General y Natural de las Indias*, lib. XXXIII, cap. XLVIII, p. 521.

De este matrimonio consiguió también Cortés grandes ventajas políticas y sociales, pues que las relaciones familiares que le proporcionó, fueron buena parte para evitar graves penas que hubiera podido traerle la enemistad de sus rivales. Y en lo de remudar a Cortés, dice el mismo Oviedo: "... sin le oyr é tomar residencia, fuéle buen terçero el duque de Bejar don Alvaro de Zúñiga, porque se tractaba casamiento de su sobrina doña Johana de Arellano, hermana del conde de Aguilar, con Hernando Cortés, que estava viudo; y el duque le abonó e fió, e aplacó al Emperador, nuestro señor, é le dixo muchas cosas en favor de Cortés para que Su Magestad le oyese, como después le oyó, e aun le engransdeesció, como se dirá adelante en la prosecución de la historia" (22).

Bernal Díaz informa igualmente de cómo el duque de Béjar, por su parentesco con Cortés a través del matrimonio con doña Juana, tomó sobre sí el trabajo de apaciguar al Emperador que estaba tomando provisiones contra Cortés, y logró detenerlas. "Y como supo que enviaban al almirante tan de repente y con muchos soldados, hubo gran sentimiento de ello el duque, porque ya estaba concertado de casar a Cortés con la señora doña Juana de Zúñiga, sobrina del mismo duque, y luego sin más dilación fué delante de Su Magestad, acompañado de ciertos condes deudos suyos... y suplicaba a Su Magestad que no diese oídos a una carta de un hombre como era Albornoz, que era muy contrario a Cortés, hasta que hubiesen otras informaciones de fe y de creer, y que no enviase armada..." (23).

Doña Juana fué en todo momento la virtuosa mujer que nos describe Oviedo, y atendió y cuidó de su marido con singular solicitud. Cortés que ya tenía la salud trabajada, partió sin embargo para nuevos descubrimientos y llegó a las costas de California, pero llegaron luego malas nuevas y se temió, incluso, que se hubiese perdido. "Y en aquel instante, como la marquesa doña Juana de Zúñiga, su mujer, no sabía ninguna nueva de él, más que había dado de través un navío en las costas de Jalisco, estaba muy penosa creyendo que se hubiese muerto o perdido, y luego envió en su busca dos navíos... y escribió muy afectuosamente al marqués, su marido, con palabras y ruegos que luego

(22) *Ibid.*, lib. XXXIII, cap. XLV, p. 494.

(23) BERNAL DÍAZ, t. III, cap. CLXXII, p. 16.